

una palabra entendimos, sino las pocas que nos tradujeron *Soetens* y el joven abogado, su compañero.

Por la noche nos llevaron nada ménos que á dos tertulias; y á fe que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del país, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el extranjero habiamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades hacíamos los españoles, puesto que apenas se encontraba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal frances que nosotros hablábamos.

Á pesar de todo, Tirabeque tuvo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM; por lo que me vi en el caso, si no de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no habia proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia, y de llevarle al dia siguiente fuera de AMSTERDAM al pueblo que luego diré.

BROEK.

Pueblo raro, singular, notabilísimo.

Dos excursiones aconsejaria hacer á todo extranjero que llegase á AMSTERDAM, una á *Saardam* y otra á *Broek*; y aun las dos poblaciones pueden verse en un mismo dia, aprovechando los vapores que para una y otra salen dos ó tres veces al dia, de AMSTERDAM.

Nosotros nos limitámos solo á *Broek*, en razon á lo crudo que el dia se puso, por lo que hubimos de renunciar el placer de ver la casa que habitó en *Saardam* el czar Pedro I de Rusia, y la lápida que hizo colocar en ella el emperador Alejandro, así como sus cuatrocientos ó mas gigantescos molinos de viento, destinados unos á moler trigo, otros á aserrar maderas y mármoles, y otros en fin á la fabricacion de aceite, de tabaco, de albayalde ó de papel: este último es el que desde allí sale á extenderse por toda Europa, por América y por Levante.

Broek está á dos leguas N. E. de AMSTERDAM. Dificil, si no im-

posible, nos hubiera sido ver á *Broek* en toda su originalidad y belleza si no nos hubiera hecho el obsequio inapreciable de acompañarnos el amable *Soetens*; por eso dije en capítulo anterior que jamas podria olvidar los buenos servicios que nos habia dispensado: él llevaba relaciones con uno de los ricos capitalistas que viven retirados en *Broek*, y á eso debimos la especialísima gracia de ver por dentro algunas casas del pueblo; y digo *especialísima gracia*, porque esto es tan difícil, que se cuenta que habiéndolo pretendido el emperador José II, no lo pudo conseguir.

Llegámos á *Broek*... « ¡qué es esto! » exclamé yo asombrado, sorprendido, arrobado de admiracion. Tirabeque se quedó inmóvil, sin acertar á preguntar nada; y á la verdad no lo extrañé: la sorpresa que causa el aspecto exterior de *Broek* es inexplicable. Las casas son generalmente de madera, y pintadas con tanto gusto, esmero y regularidad, que toda la villa presenta el aspecto de una decoracion teatral. Las calles están enladrilladas con baldosas de diferentes colores, que se barren y friegan todos los días como un salon. ¿Qué extraño es que *Broek* tenga fama y celebridad en toda Europa por el aseo y limpieza de sus casas y de sus calles? Sin embargo, no sé si á España habrá llegado su celebridad; por mi parte confieso que *nec si Broek erat audivimus*, ni siquiera tenia noticia de que hubiera *Broek* en el mundo. Y bien, ¿qué os parece? me preguntaba *Soetens*. — Creo que en el semblante, le respondí, podréis leer sin dificultad mi admiracion.

Cada casa está situada entre dos jardines, en que se cultivan las flores mas raras que se puede pensar; pero mas raros y mas singulares son todavia los adornos que los embellezen. Con las plantas y con las flores hacen en ellos las combinaciones y figuras mas extrañas, representando aquí un cuervo blanco, allí un conejo amarillo, acá un par de tigres azules, allá unos zorros verdes, y aquí y allá vasos de la China y del Egipto con todas sus caprichosas formas, que le dejan á uno tan absorto como embesado.

Ya avisa *Soetens* á su amigo *Roeland*. Llega este y nos saluda afectuoso. Dirigennos los dos á una de las casitas del pueblo, y para entrar en ella, se acercan á la puerta trasera. — Vos extrañaréis, nos dijo *Roeland*, que vayamos á entrar por esta puerta y no por la principal. — Verdaderamente, le respondí, que no deja de parecerme algo desusado. — Pues bien, os daré la razon de ello, y no dudo que os habréis de maravillar. Habéis de saber que las puertas principales ó delanteras de las casas de este pue-

blo, no se abren mas que tres veces ó en tres ocasiones para una misma persona, que son el dia del bautizo, el dia de la boda, y el dia del entierro. — ¿Es posible? — ¡Oh! sí; y es costumbre que se observa muy escrupulosamente. — Así es la verdad, repuso *Soetens*; podéis creerlo por mas que os admire; preguntadlo en todo el pais. — Perdonad, les repliqué; me satisface el que me lo aseguréis vos. — Señor, añadió Tirabeque, cuando lo tenemos en España nos van á tratar de cuenteros embrollones. — ¿Y qué? por eso no habremos de dejar de decir la verdad.

Salió á recibirnos una paisana que se hallaba ocupada en hacer quesos, de esos quesos redondos de Holanda conocidos y honrados por todo el mundo, que es la ocupacion de la mayoría de los ochocientos habitantes de *Broek*, ó por mejor decir, de todos, excepto los ricos propietarios y negociantes que viven allí retirados.

Y aquí viene otra de las rarezas y singularidades de *Broek*. Para entrar en cualquiera casa del pueblo, hay que calzarse una especie de zuecos ó pantuflos semejantes á los que nos pusimos para andar por el palacio del príncipe de Orange en Brusélas. ¿Es tambien algun palacio el que vamos á visitar? — No; es la pequeña casita de un fabricante de queso de *Broek*; sin embargo, no hay remedio sino someterse á esta formalidad: el mismo Napoleon, el mismo emperador Alejandro, cuando visitaron á *Broek* se sujetaron á ella. Y es que el pavimento de estas pequeñas casas es de mármoles de color, cuidadosamente pulimentados y bruñidos. Tirabeque y yo no acabábamos de admirarnos, no podíamos disimular el asombro, y nuestros dos acompañantes se sonreían de nuestro estado de continua sorpresa sin extrañarla.

Llega á tanto la *aseo-manía* de los habitantes de *Broek*, que las salitas de este modo compuestas no las habitan por no ensuciarlas, y duermen y viven en unos estrechos aposentos, no sin alguna incomodidad sacrificando la holgura que podían tener al extremado aseo de que quieren hacer muy justo alarde y ostentacion. Dos casas visitamos, y ambas estaban así. Sin embargo el aspecto de la poblacion, aunque bellissimo, no es alegre, por la costumbre de tener siempre cerradas las ventanas exteriores.

La hora y el temporal, y mas que todo la salida del vapor, nos intimaron el regreso á AMSTERDAM. Las exclamaciones de admiracion proseguían en el camino; Tirabeque empezó á comparar á *Broek* con las villas y lugares de igual poblacion de España, pero yo le dije: — dejemos eso, Pelegrin, que las comparaciones siempre

son odiosas. Con lo que calló como un muerto. Á las cinco de la tarde estábamos de vuelta en AMSTERDAM.

Broek, ó *Bruk* como pronuncian los habitantes, fué el término, el *non plus ultra versus-nortem* de nuestro viaje. Desde allí tocamos retirada hácia el Mediodía, en busca otra vez de nuestra España, porque la estacion iba avanzando demasiado, y no convidaba á alargarse mas hácia el Setentrion.

Imposible es que se nos olvide jamas el singularísimo pueblo de *Broek*: mil veces hacemos memoria y conmemoracion de él; y desde entónces ha tomado Tirabeque tal aficion á los quesos redondos de Holanda, que no hay medio de verle ahito de queso: él dice que no es por el queso, sino por las reminiscencias que les suscita de *Broek*.

La jornada mas deliciosa.

Aquella noche nos despedimos con sentimiento del amable *Soetens* y del jóven abogado su compañero, de cuyo nombre siento no acordarme. Al dia siguiente nos levantamos con el sol, que amaneció mas claro de lo que nosotros esperábamos y él tenia de costumbre, y á las nueve de la mañana estábamos camino de UTRECHT.

¡Jornada deliciosa y pintoresca! La mas amena, entretenida y agradable de toda Holanda. Desde que se sale de AMSTERDAM se empieza á ver una vasta extension de *polders* ó lagos accidentales siendo el principal de ellos el *mar de Diemer*, que está 16 piés mas bajo que el nivel del mar, y hasta 30 en las mareas vivas. El lector podrá discurrir si se necesitarán diques para preservar el país de ser tragado por el mar, y qué sería de él si los diques no fueran.

Al mismo tiempo de un lado y otro del camino se empiezan á encontrar pequeñas y lindas casitas de ladrillo fundadas sobre el agua, y tambien conservadas, que todas parecen acabadas de construir. Entre ellas me llamó particularmente la atencion una sobre cuya puerta se distinguían estas tres iniciales: D. O. M.: las mismas que encabezan las conclusiones públicas de los actos académicos en las universidades y establecimientos literarios de España, para significar DEO OPTIMO MAXIMO. Sin embargo la casita no debia ser ninguna aula ni academia literaria, si hemos de juzgar por los demas emblemas que á la puerta tenia, que eran

unas mesitas con botellas de vino y cerveza, quesos y platos de pescado.

Conforme se va avanzando, el camino se va haciendo gradualmente mas delicioso. Las casas de campo de derecha á izquierda, pertenecientes á los mas ricos negociantes de AMSTERDAM, van siendo cada vez mas magnificas; rodéanlas vastos jardines, frondosos bosquecillos, y bellisimos prados artificiales,

«Verdes et bien sencidos,
De flores bien semnados,»

como dice el hermano Juan de Mena. Y como estas posesiones no están guardadas por altas cercas ni por espesos setos, sino por fosos circulares llenos de agua con sus puentes levadizos, la vista no encuentra estorbo alguno que le impida gozar de lleno de todo cuanto poseen de agradable estas hermosas quintas, generalmente circundadas de azoteas, miradores y galerías pintadas de verde. En la planicie que antecede á las fachadas se ven mil caprichosas figuras formadas con la arena; y los pabellones rústicos, los chinescos, los asiáticos, ya en formada de rotondas, ya de sexágonos, ya de octógonos, llegan hasta las mismas orillas del camino, como avanzándose á saludar al viajero, que por la frecuencia con que estos objetos se le presentan, puede decir que va marchando por un continuado verjel.

¿Y qué diremos de las aldeas que se encuentran en esta jornada? Lo que decia Tirabeque: «Estas no son aldeas, sino por ser mas pequeñas que las ciudades.» Y era exacta la observacion. Las aldeas de aquella parte de Holanda solo se distinguen de las ciudades en su menor extension, y en ser las casas generalmente de un solo piso. Por lo demas la misma limpieza, y el mismo gusto en los rotulajes de la tiendas y de las posadas ú hoteles: las calles igualmente empedradas ó enladrilladas, y las aceras de un mosaico menudo de piedrecitas de colores, figurando aves, flores, animales ó personas humanas; todo tan limpiecito y tan lavado, que Tirabeque decia que comeria cualquiera cosa sin escrúpulo sobre aquel empedrado.

— Señor, añadía, me vuelve á mi loco esto de no encontrar por estos lugarcillos una sola casita que no tenga sus buenos cristales en las ventanas, y sus pabelloncitos blancos detras de las vidrieras. Al decir esto solia dejarse ver entre cristales y cortinas alguna fresca y robusta labradora, con su correspondiente papa-

lina y sus adornos de encaje, que se asomaba á ver pasar la diligencia. — Repare Vd., mi amo, repare Vd. á esa aldeana: si la viéramos en otra parte, ¿no diríamos que era una señora? Parece á nuestras inquilinas de la Mancha ó de tierra de Búrgos, ó á las paramesas y montañas de tierra de Leon y de Santander. — Lo que esto prueba, Pelegrin, es el bienestar de que gozan estos habitantes, y el estado de prosperidad y riqueza de los pueblos hasta en sus clases mas ínfimas: á lo cual debe contribuir no poco el respeto que se conoce se guarda aquí á la propiedad. ¿No ves sino esas ventanas tan bajas que casi tocan al suelo, sin una mala reja, sin un solo defensivo, sin otro amparo que los cristales y unas delgadas portezuelas de madera? — Así es la verdad, señor: ya he observado que en Holanda tampoco hay mas ladrones que aquellos juegos de espejos que empezamos á ver en Bélgica.

Hacia la mitad del camino, en una linda villa llamada *Nieuwersluis*, nos salió al encuentro un posadero ofreciendo, como tiene de costumbre á los viajeros un gran plato de anguilas fritas. Íbansele á Tirabeque los ojos tras ellas, pero el conductor no estaba de humor de pararse, y aquí no dejámos de echar de ménos la condescendencia de nuestros mayores españoles.

Proseguimos nuestro viaje. Desde la salida de *Nieuwersluis* veíamos muchas gentes cruzar los caminos á pié; los hombres con sus anchos pantalones de pana ó de paño azul, sus levitones no nada elegantes, aunque decentes, ó bien sus chaquetas tambien azules, sus chalecos de tripe ó de calamaco, y sus zapatos de madera segun la clase ó categoría, pero todos con su andar grave y desairado: las mujeres con sus bonetes blancos ajustados á la cabeza, sus sombreros de paja no nada modernos, y sus capotillos de percal de colores que les cubrian medio cuerpo, semejantes á los *camais* que ahora usan nuestras elegantes. Preguntámos al conductor la razon de encontrar tantas gentes, y nos dijo que eran los habitantes de todos aquellos caseríos, que iban ó venian de los templos de las aldeas vecinas, como domingo que era.

Conforme nos acercábamos á UTRECHT, el terreno se iba elevando un poco, aunque tan imperceptiblemente, que solo se nótaba por las inmensas praderas que se iban descubriendo, y que en el hecho de no estar inundadas de agua, nos indicaba bastante que se aproximaba la salida de los llamados propiamente Países-Bajos. Á la una nos apeámos en el hotel de *Bella-Vista* de UTRECHT, saliendo á recibirnos su linda, amable y jóven dueña.

UTRECHT.

La comida.

— Señor, estamos grandemente : he preguntado á la patrona á qué hora se come, y me ha dicho que á la una y média. — Pero hombre, ¡ qué en todas partes no has de pensar en otra cosa que en comer ! En vez de preguntar ¿ qué poblacion tendrá UTRECHT ? en qué consistirá su industria y su comercio ? qué hombres célebres habrá producido ? qué establecimientos públicos tendrá ? á qué se redujo la famosa *paz de Utrecht*, tan nombrada ? y otras preguntas por este estilo muy propias de un viajero..... — Crea Vd., mi amo, que todo eso pensaba yo preguntarlo despues de comer, porque cuando tengo el estómago vacío no se me quedan las cosas en la memoria : y por ahora hágame Vd. el favor de ayudarme á sacar las botas, que yo no me encuentro con fuerzas bastantes para ello. — Pues mira, llama á un *garzon* que te ayude, que yo no estoy para hacer esos oficios.

Llamóse á este, dióse principio á la operacion, no sin excitar grandemente la risa del serio holandés, y cuando se concluyó, la campana de aviso convocaba ya á la mesa redonda : es decir, que se empleó cerca de média hora en descalzar á mi lego. Cuando entrámos en el comedor, nos hallámos ya con una de esas orquestas ambulantes que andan de hotel en hotel filarmonizando las comidas. Componiase aquella de tres violines y una guitarra, y se conocia constituir las cuatro personas una familia : el padre, la madre y una hija tocaban el violin, la otra tañía la guitarra, y cantaba tambien algunas arietas y cancioncitas en frances. Los dos jóvenes pasaban ya de la edad en que empieza á obligar le ayuno á los católicos cristianos, y como decia Tirabeque, á cualquiera de ellas se la podia dar un florin prestado aunque no le volviera. — ¿ Y por qué no dices, le pregunté yo, un pan prestado, como en España se acostumbra ? — Señor, me respondió, ¡ ojalá pudiera decirlo ! pero así diera yo aquí un pan como un ojo de la cara, que me estoy temiendo no tener bastante para mis necesidades con todo lo que veo sobre la mesa.

Antes de llegar á los postres la música calló, destacóse uno de los miembros de la cuádruple alianza de familia, y el platillo de las ánimas comenzó á recorrer las filas de los comensales : ¿ quién

le presentaba ? ¿ Acaso el padre ó la madre, ó la ménos agraciada de las hijas ? Miró Tirabeque á la demandante, y dijo : « ¡ cáspista, y qué bien entiende esta gente la diplomacia de la cuestacion ! Señor, estos saben mas que los frailes franciscos : ¡ cómo escogen la lega de mejor palmito para pedir ! Toma, hija, toma ; y bien haya los padres que tan buen oficio te enseñan ; toca, toca el violincico y pide, que buen camino lleváis todos para la gloria. »

Ni Tirabeque ni yo, quedamos descontentos de la mesa de UTRECHT.

El Domkerk y el templo Jansenista.

Siendo domingo aquel dia, debíamos aprovechar las horas para visitar los templos, si habíamos de alcanzar en ellos los oficios. Así lo hicimos tan luego como acabámos de comer.

Hay en UTRECHT (ciudad de 45,000 habitantes) veinte y dos templos ; ocho católicos, siete protestantes, un walon, un luterano, cuatro jansenistas y un anabaptista. Nuestro *commissionnaire* nos dirigió al *Domkerk*, ó grande iglesia, antigua catedral, y hoy la principal de las protestantes. Así es que aun se ven en ella muchos sepulcros de mármol de obispos católicos ; y aun encontré unas inscripciones latinas, en que constaba el nombre del fundador (el rey Dagoberto I), el año de la fundacion, el número y clase de los ministros y sirvientes, el asignado de cada uno, y el modo de distribuir el sobrante de las rentas de la catedral, que así quisiera yo verlo en todas las catedrales de España, para que al gobierno, al pueblo y al clero mismo, les constase la verdadera inversion de la dotacion de cada iglesia, y con esto no habria tantas quejas y reclamaciones, ni tantos expedientes en los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia.

El órden de asientos, tribunas y galerías presentaba mas aire de teatro que de templo. Nosotros nos colocámos en la galería destinada á los extranjeros, y con el sombrero calado como estaban los demas, asistimos un rato á los oficios, en los cuales no hallámos ceremonia que esencialmente se diferenciara de tantos otros oficios protestantes como habíamos visto.

Salimos de allí, y subimos á la gran torre, separada del cuerpo de la iglesia por obra y gracia del huracan de 1674. La subida no era cosa muy grata para quienes acababan de comer, pero despues á fe que nos alegrámos. Con dificultad habrá en la tierra edificio alguno, por elevado que se halle, desde donde se abarque

con la vista tanta extension de terreno como desde la gran torre de la grande iglesia de UTRECHT. *Veinte grandes ciudades* se alcanzan á ver desde allí. La pequeña elevacion del terreno de la provincia de UTRECHT, le proporciona ya dominar todos los *Paises-Bajos*, sin la mas leve prominencia que lo estorbe. La jóven hija del campanero (cuya familia tiene su habitacion en la misma torre) nos habia deparado un hermoso antejo, y ella misma nos indicaba los puntos á que habiamos de dirigir la visual. « Desde aquí, Pelegrin (le decia yo), desde aquí sí que se ve bien la multitud innumerable de rios, de mares, de lagos y canales que inundan la Holanda : ¿ los ves bien ? — No señor, no veo gran cosa. — Pero hombre, ¿ cómo has de ver si no cierras uno de los ojos ? — Es que ambos me hacen falta, mi amo : el uno le dirijo al antejo, y el otro á esta linda muchacha, que juro por mi ánima que por mucho que pueda ver desde la torre, no veré cosa que me guste tanto como la torrera. — Ya se ve ; en ese caso excusado es que te molestes en echar el antejo. »

La torre estaba en reparacion, y por supuesto no podia faltarle su *carillon* ó campanario de música como todas las torres de Holanda. Habiéndonos cogido allí la hora de las tres, tuvimos el gusto de verle sonar una tocata, si bien no con poco atronamiento de nuestros tímpanos.

Desde allí nos fuimos á uno de los templos *jansenistas*. No es extraño que haya cuatro iglesias *jansenistas* en UTRECHT, habiendo pertenecido *Jansenio* á su Universidad. La que nosotros vimos era pequeña : desde luego se la distinguia de las protestantes en el hecho de tener altares, y muchos cuadros de San Agustin, cosa muy propia de un templo que llevaba el nombre del célebre autor del *Augustinus*. Cuando nosotros entrámos, todos los concurrentes se hallaban sentados con la espalda vuelta hácia el altar mayor. Poco faltó para que Tirabeque armara allí un escándalo con este motivo. — ¡ Habráse visto (decia) irreverencia igual ! Señor, ese *Jirsenio* ó *Jarsenio*, ¿ fué acaso algun hereje que enseñara que se deiba volver la espalda al altar, como lo hacen estos parroquianos ? Porque en esto de herejías, mi amo, ha habido tantas barbaridades..... ! — De herejes (le respondí) califican los jesuítas al famoso obispo de Ypres, y por tales tienen las cinco célebres proposiciones sacadas del *Augustinus* de Jansenio, apoyándose en las bulas de Inocencio X, y de Alejandro VII ; pero otros, Pelegrin, sostienen que Jansenio y los *jansenistas* son la quinta esencia del mas puro catolicismo. De todos modos esto

de volver la espalda al altar y al sacramento, estoy seguro que no hace parte de la doctrina del compilador de San Agustin.

Pero yo extrañaba como Tirabeque aquella manera inusitada de sentarse en el templo. Pedí á nuestro *commissionnaire* la razon de ello, y no supo dármela. Pregunté á otras varias personas de las que allí habia, y todas me hablaban en holandés. En esto entró el sacerdote : á su entrada se levantaron todos los que estaban sentados y volviendo caras al altar, se arrodillaron sobre las mismas sillas apoyándose en su respaldo. Entónces ya comprendimos Tirabeque y yo el misterio de la anterior postura, y ya le comprenderá el lector tambien. Durante las vísperas todo el mundo estuvo *flexis genibus*, y con la mayor devocion ; pero concluidas que fueron, los que quedaban esperando en el templo la salida de los otros, volvieron á sentarse en la misma forma que anteriormente.

Sobre el asiento de la silla cada uno tenia su almohadoncito correspondiente, y no habia nadie, especialmente las señoras que no tuviese tambien su calentador ó rejilla de hoja de lata con fuego para los piés. Parecióronme á mí, Fr. Gerundio, estas comodidades no muy arregladas á la austeridad evangélica de que lleva tanta fama el *jansenismo*.

La ceremonia de las vísperas, salva sea la mayor concurrencia, no se diferenciaba mucho de las vísperas católicas rancias de por acá.

Gabinete de agricultura.

El palacio que habitó Luis Bonaparte en UTRECHT cuando fué rey de Holanda, se halla actualmente destinado á *Gabinete de Agricultura*, ó sea á Conservatorio de toda clase de modelos de los ramos de agricultura, ganaderia, horticultura y demas que con estos tienen alguna analogia, parentesco ó relacion.

Allá fuimos aquella tarde. Un jóven conserje, tan amable como instruido, se tomó el trabajo de explicarnos minuciosa y detalladamente la procedencia, uso y aplicacion de cada uno de los utensilios é instrumentos pertenecientes á cada ramo de industria. « He aquí la sala de los arados : este es el arado de Suiza ; este el de Dinamarca ; este el de Polonia ; este el de Suecia ; este otro el de Italia ; aquel otro el de Inglaterra ; el de mas allá el de Francia ; aquel el de los Estados Unidos... he aquí el modelo de otro que acaba de inventarse en Alemania : ved el que temenos adop-